

# Editorial

## Cuando otros nos vigilan

*When others are watching us*

Miguel Peña Méndez / [amiguel@ugr.es](mailto:amiguel@ugr.es)

Universidad de Granada

En una ocasión le preguntaron a la antropóloga Margaret Mead, cuál era su rastro arqueológico preferido a lo largo de la historia de la humanidad, donde se pudiera encontrar el primer signo de civilización en una cultura antigua. De entre todos los posibles destacó un fémur que mostraba las calcificaciones propias de que se había roto y luego se curó. Con ello se ponía en evidencia, señala Mead, que frente a lo que suele suceder en el reino animal, donde impera la ley de la supervivencia individual y donde si te rompes la pierna, mueres porque no puedes huir del peligro, cazar y sobrevivir, la civilización nos permitía ser plenamente humanos. Un fémur soldado es señal de que alguien se ha solidarizado con el herido, tomándose el tiempo necesario para protegerlo mientras se curaba la herida. Ese rastro primigenio significa muestra patente de humanidad. Como se suele decir: alguien había *mirado* por él.

El ejercicio de mirar y el de ser observado es condición propia de la vida social de los humanos, al igual que el de algunos pocos grupos animales desarrollados. No hay nada más gozoso que vernos, mirarnos entre nosotros como comunidad pero a la vez, paradójicamente,

nada más es más humillante que el ser sorprendido observando o siendo observado. Desde el inocente (si es que eso fuera posible) sentarse en la puerta de casa, en la terraza de un bar o en un banco del parque y ver pasar a la gente, a cuestiones más enfermizas como el voyeurismo o la escopofilia, los actos del mirón que llevamos dentro, conllevan insospechados aspectos para el desarrollo de las relaciones sociales, el establecimiento de comunicaciones, la creación de comunidad y también, cómo no, de vigilancia, sea esta amorosa, censora o represora. Todos estamos vigilados y somos vigilantes y así ha sido utilizado políticamente por gobiernos totalitarios y hemos fantaseado con ellos creando sociedades distópicas gobernadas por un opresor Gran Hermano (G. Orwell).

Nada más nacer somos vigilados. Esas ventanas que desde el pasillo nos dejan ver la sala de neonatos es el primer panóptico al que nos someten, y así seguimos toda la vida a través de la familia, los amigos, la educación, el comercio, la publicidad, en fin, en todos los lugares de relación social y en todas sus dimensiones... Nuestras sociedades occidentales u occidentalizadas, basadas en una democracia poscapitalista o como quiera denominarse a esta cosa gubernamental en perpetua revisión que nos rige, así lo requieren. Y una vez que somos conscientes de que (necesariamente) estamos vigilados llegamos a la gran pregunta: ¿es realmente necesaria esta vigilancia?, ¿cuáles son los límites de la vigilancia?, ¿realmente es por nuestra seguridad?, ¿y quién vigila a los vigilantes?

Esa última pregunta, el clásico *quis custodiet ipsos custodes*, que acuñó Juvenal en sus Sátiras, nos remite a la más anciana todavía filosofía política de Platón y Sócrates. Nada ha cambiado desde entonces, la necesidad de vivir en una sociedad segura se contrapone a la desconfianza del individuo frente al poder. Por seguir con máximas latinas: *Quid pro quo?* Quién se beneficia... y quién pierde.

En un mundo tecnificado, donde la revolución digital avanza a pasos agigantados, donde la inteligencia artificial se está imponiendo en nuestro día a día, donde los buscadores de internet son sospechosos (<https://youtu.be/e1VuDBYjf-U>), el mundo del arte no puede ser ajeno y ha de reflejar, dejar constancia de ello, establecer debate y hacer propuestas más o menos estéticas o éticas.

En este número monográfico se han invitado y han participado artistas y pensadores que ante nuestro *call for papers* se han mostrado muy interesados. No son pocos.

La sección **Tema**, en esta ocasión ha sido coordinada por José Luis Lozano Jiménez y David Trujillo Ruiz, especialistas en estos aspectos, que se han aliado para realizar una selección de contribuciones muy bien trabada. Desde la visión histórica generalista realizada por Cristian Gómez a visiones politizadas más particulares desde el “sur global” por parte de Cecilia Vázquez y Claudia Velente; el estudio de la obra de Tracy Rose desde Sudáfrica por parte de Cintia Gutiérrez y Pedro A. Cruz, o la visión de la resistencia artística ante la realidad cubana por Octavio Irving Hernández. Otros han abordado la cuestión desde una perspectiva más filosófica y analítica: Elia Torrecilla, Jaime del Val y José Antonio Vertedor nos sumergen en lo que todavía se está haciendo, por lo que han tenido que expresarse mediante neologismos técnicos para acercarnos a la descripción del proceso que estamos atravesando. “Derivas hackeadas”, “algoriceno” o “ludocapitalismo” son, más que términos, principios. Por otro lado, Iñaki Gracenea y Luis Miguel Gutiérrez se atreven a teorizar reflexionando a partir de su propia visión plástica, sacada de la arquitectura panóptica por parte del primero, y en la construcción de paisaje, que se debate entre su control y su resistencia, por parte del segundo.

En la sección **Dossier**, compuesta por relevantes artistas en este terreno se nos presenta una buena representación de acciones artísticas sobre cómo nos vigilamos. Así tanto el colectivo *Democracia*, los *Surveillance Camera Players* o Paolo Cirio se enfrentan al sistema de control y vigilancia que se nos impone mediante acciones y textos, denunciando lo que nos está condicionando la vida cotidiana. Por su parte, el recorrido que sobre su obra nos propone Mario Gutiérrez Cru también aporta su granito de arena y lo entronca con la obra de otros artistas en esta misma línea. Y finalmente desde una visión más plástica y estética, Txuspo Poyo y José Vicente Martínez, nos adentran en el mundo de las ventanas: bien sean estas reales o las que se nos presentan a través de los medios de comunicación.

Definitivamente este es un número al que podemos calificar de innovador, reflexivo, brillante, desafiante y denunciatorio que espero sea

del agrado de nuestros lectores. Creo que con él se abre un camino todavía poco transitado en la literatura artística. Esperamos que el esfuerzo realizado por todos ellos se constituya como un precedente y una referencia necesaria para futuros estudios sobre este tema.

La revista termina con la sección de **Recensiones** con tres libros muy aconsejables. Uno, el de Shoshana Zuboff, muy en relación con el tema propuesto; otro el completísimo catálogo sobre la reciente exposición de la artista Sonia Delaunay en el Bard Graduate Center de Nueva York; y finalmente una revisión del libro sobre la imaginación artificial, esa delegación impertinente que estamos otorgando los seres humanos a las máquinas, y que firman Josep M. Català y Jorge Caballero.

